

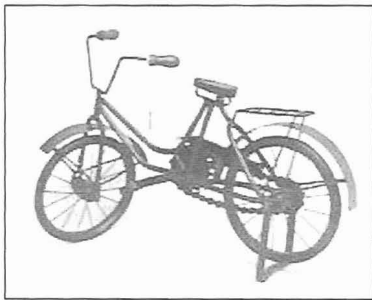


ESTOY VIVO ¡¡¡ALELUYA!!!

Me envió Julio –un abrazo para él por seguir acordándose de nosotros fuera de Maranchón, que a muchos les cuesta un ...- un escrito que me hizo echar la vista atrás. Pensar en lo viejo que soy, que me acuerdo y he vivido todas estas cosas. Pensar en lo que ha cambiado todo...y la gente. Pensar en la suerte que he tenido. De estar vivo. Y de haber vivido así. Lo adapté un poquito.

Mirando atrás es difícil creer que estemos vivos con la España en la que crecimos:

Nosotros, primero de todo, NO viajábamos.



Íbamos de un sitio a otro del pueblo o de los alrededores a pie, o en mula, o en bici, que no se nos había perdido nada en sitios lejanos, excepto

los que iban por negocios.

Después vino el progreso y la modernidad y viajábamos en coches, pero sin cinturones de seguridad y sin air-bag. Hacíamos viajes de 10-12h con cinco personas en un 600 y no sufríamos el síndrome de la clase turista. Para los transportes colectivos usábamos el “correo”, a Molina, Madrid o Sigüenza, a veces bajando en alguna cuesta para empujar. El Bernia nos recibía con su sensual voz, tal que Yon Guein en su diligencia, gritando “¡Vaaaamonooooo!”. Y las curvas de Estriégana hacían vomitar a más de uno y encomendarse a la Virgen de Barbatona, por la proximidad, en unas carreteras todavía sin arcén y peraltadas al revés.

No tuvimos puertas, armarios o frascos de medicinas con tapa a prueba de niños. Por supuesto no había “potitos Bledine, ¡ay qué ricooooo!”. Botes enormes de “Pelargón”, y gracias.

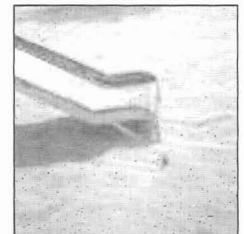
Andábamos en bicicleta sin casco, eso sin contar con que llevábamos a uno sentado en el manillar o en la barra y otro en las palomillas de la rueda de atrás o en el soporte (transportín, dicen ahora), y si cogíamos una bici demasiado grande

para nosotros la montábamos pedaleando por debajo de la barra.

Ni que decir tiene que hacíamos auto-stop. Parece que los sádicos todavía no estaban de moda, o nunca los vimos.

Los columpios no existían y los fabricábamos colgando cuerdas de las ramas de los árboles. Y cuando llegaron eran de metal y con esquinas en pico. Y jugábamos a “lo que hace la madre hacen los hijos”, esto es, a ver quién era el más bestia.

Pasábamos horas construyendo nuestras patinetas de rodamientos para bajar por las cuestas y sólo entonces descubríamos que nos habíamos olvidado de los frenos. Después de chocar con alguna pared o con las mulas que pasaban, aprendimos a resolver el problema. Los mayores nos echaban porque decían que “íbamos a romper la acera”.



Jugábamos a “churro va” y nadie sufrió hernias ni dislocaciones vertebrales.

Salíamos de casa por la mañana, jugábamos todo el día, y sólo volvíamos cuando ya no se veía y nuestras madres nos llamaban a gritos, que las oíamos desde el Altollano. Nadie podía localizarnos. Eso sí no buscábamos maderas y hacíamos una fogata para asar patatas y contar historias de miedo.

No había móviles. A decir verdad no había ni teléfono. Donde ahora está la farmacia estuvo en su día la centralita de teléfonos, con dos cabinas. Y poner una conferencia era casi misión imposible, aunque por lo menos servía para que todo el pueblo se enterase de tus asuntos.